

APRENDER EN TIEMPO DE GUERRA

UNA UNIVERSIDAD ES UNA SOCIEDAD que persigue el aprendizaje. De ustedes, los estudiantes, se espera que se conviertan —o que empiecen a convertirse— en lo que la Edad Media denominaba clérigos: en filósofos, científicos, eruditos, críticos o historiadores. Y, a primera vista, parece algo extraño que hacer durante una gran guerra. ¿De qué vale comenzar una tarea que tenemos tan pocas posibilidades de acabar? O, incluso si se diera el caso de que no nos interrumpiesen la muerte o el servicio militar, ¿por qué debemos —es más: ¿cómo podemos?— seguir dedicándonos a tan plácidos menesteres cuando las vidas de nuestros amigos y las libertades de Europa penden de un hilo? ¿No es como tocar la lira mientras arde Roma?

Creo que no seremos capaces de dar respuesta a estas preguntas mientras no las situemos junto a otras preguntas que todo cristiano debería plantearse en tiempo de paz. Acabo de referirme a tocar la lira mientras arde Roma. No obstante, para un cristiano la verdadera tragedia de Nerón no tiene que ser que este tocase la lira mientras la ciudad se incendiaba, sino que tocase la lira al borde del infierno. Perdónenme este crudo trisílabo. Sé que a muchos cristianos de hoy en día más sabios y mejores que yo no les gusta mencionar el cielo y el infierno ni siquiera desde un púlpito. También sé que casi todas las referencias del Nuevo Testamento a este tema proceden de una única fuente. Y resulta que esa fuente es el propio Señor. La gente les dirá que es san Pablo, pero no es cierto: estas doctrinas sobrecogedoras son del Señor. No se pueden eliminar de la enseñanza de Cristo o de su Iglesia. Si no creemos en ellas, nuestra presencia en esta iglesia es una auténtica estupidez. Y, si creemos, debemos vencer de vez en cuando nuestra gazmoñería espiritual y mencionarlas.

En cuanto lo hagamos, veremos que todo cristiano que vaya a una universidad tiene que enfrentarse en cualquier época a una pregunta al lado de la cual las preguntas que suscita la guerra poseen una importancia relativa. Tiene que preguntarse cómo puede ser bueno —e incluso cómo es psicológicamente posible— que unas criaturas que están en todo momento avanzando hacia el cielo o hacia el infierno inviertan cualquier fracción del escaso tiempo que se les ha concedido en este mundo en lo que —comparativamente— son trivialidades tales como la literatura o el arte, las matemáticas o la biología. Si la cultura humana puede resistir una cosa así, puede resistirlo todo. Admitir que podemos conservar nuestro interés por aprender a la sombra de estos asuntos eternos, pero no a la sombra de una guerra europea, equivaldría a admitir que nuestros oídos están cerrados a la voz de la razón y abiertos de par en par a la voz de nuestros nervios y de las emociones de las masas.

Este es el caso de la mayoría de nosotros y, desde luego, el mío. Por eso, creo que es importante intentar situar el desastre actual en la perspectiva adecuada. La guerra no genera en absoluto una situación nueva: simplemente agrava la permanente situación humana para que no podamos seguir ignorándola. La vida humana se ha vivido siempre al borde de un precipicio. La cultura humana siempre ha tenido que existir a la sombra de algo infinitamente más importante que ella. Si los hombres hubieran pospuesto la búsqueda del conocimiento y de la belleza hasta estar a salvo, esa búsqueda no habría empezado nunca. Nos equivocamos al comparar la guerra con la “vida normal”. La vida nunca ha sido normal. Incluso las épocas que consideramos más tranquilas —el siglo XIX, por ejemplo—, si se analizan de cerca, resultan estar repletas de crisis, sobresaltos, dificultades y emergencias. Nunca han faltado razones justificadas para aplazar todas las actividades meramente culturales hasta haber evitado algún peligro inminente o enderezado alguna clamorosa injusticia. Pero hace mucho que la humanidad eligió ignorar estas razones justificadas: quería el conocimiento y la belleza ya, y no iba a esperar a ese momento oportuno que no llega nunca. La Atenas de Pericles nos ha dejado no solo el Partenón, sino también —y de modo significativo— la Oración Fúnebre. Los insectos han elegido una línea distinta: han buscado primero el bienestar material y la seguridad de la colmena y, presumiblemente, tienen su recompensa. Los hombres son diferentes. Postulan teoremas matemáticos en ciudades sitiadas[1], elaboran argumentos metafísicos en celdas de condenados a muerte[2], bromean en los patíbulos, hablan del último poema publicado mientras avanzan hacia las murallas de Quebec[3] y se peinan en las Termópilas[4]. Y no es una cuestión de *elegancia*: es nuestra naturaleza.

Sin embargo, como somos criaturas caídas, el hecho de que ahora esta sea nuestra naturaleza no probaría por sí mismo que sea racional o conveniente. Hemos de averiguar si en un mundo como este existe un lugar legítimo para las actividades de un universitario. Es decir, siempre hemos de buscar respuesta a la pregunta: “¿Cómo puedes ser tan frívolo y egoísta para pensar en otra cosa que no sea la salvación de las almas humanas?”; e inmediatamente hemos de dar respuesta a una pregunta adicional: “¿Cómo puedes ser tan frívolo y egoísta para pensar en otra cosa que no sea la guerra?”. Así, una parte de nuestra respuesta será la misma para ambas preguntas. Una implica que nuestra vida puede —y debe— ser una vida exclusiva y explícitamente religiosa; la otra, que puede y debe ser exclusivamente patriótica. Creo que toda nuestra vida puede —es más, debe— ser religiosa en un sentido que explicaré más adelante. Pero, si eso significa que todas nuestras actividades deben ser de una clase identificable como “sagrada” en oposición a “secular”, daría una única respuesta a mis dos adversarios imaginarios. Les diría: “Tanto si tiene que ser así como si no, lo que estáis sugiriendo no va a suceder”. Creo que, antes de convertirme al cristianismo, no era plenamente consciente de que, después de la conversión, la vida consiste inevitablemente en hacer la mayoría de las cosas que se han estado haciendo hasta entonces con un nuevo espíritu —es lo esperable—, pero las mismas cosas. Antes de ir a la pasada guerra pensaba que mi vida en las trincheras sería —en cierto misterioso sentido— todo guerra. En realidad, descubrí que, cuanto más nos acercábamos al frente, menos hablaba ni pensaba nadie en la causa

aliada y los progresos de la campaña; y me encanta ver que Tolstoi, en el mejor libro bélico que se ha escrito nunca, refleja lo mismo; y, a su manera, también la *Iliada*. Ni la conversión ni el alistamiento en el ejército aniquilarán nuestra vida humana. Los cristianos y los soldados siguen siendo hombres; la idea que el descreído tiene de la vida religiosa y la idea que tiene el civil del servicio activo son caprichosas. Si, en uno u otro caso, intentamos suspender toda nuestra actividad intelectual y estética, solo conseguiremos sustituir una vida cultural mejor por otra peor. De hecho, no dejaremos de leer, ni en la iglesia ni en el frente: si no leemos buenos libros, los leeremos malos. Si no pensamos racionalmente, pensaremos irracionalmente. Si rechazamos las satisfacciones estéticas, caeremos en las satisfacciones sensuales.

De ahí esa analogía entre lo que reclama nuestra religión y lo que reclama la guerra: en el caso de la mayoría de nosotros, ninguna de las dos eliminará o borrará de la pizarra la vida meramente humana que llevábamos antes de alistarnos en ellas. No obstante, obrarán de este modo por razones diferentes. La guerra no logrará captar toda nuestra atención porque es un objeto finito y, por lo tanto, intrínsecamente inadecuado para captar toda la atención de un alma humana. Con el fin de evitar equívocos, he de hacer aquí unas cuantas distinciones. Creo que nuestra causa, comparada con otras causas humanas, es muy justa: de ahí que considere un deber participar en esta guerra. Y todo deber es un deber religioso; por lo tanto, nuestra obligación de cumplir cualquier deber es absoluta. Puede que tengamos el deber de rescatar a un hombre que se está ahogando y tal vez, si vivimos en una costa peligrosa, de aprender salvamento para estar preparados llegado el caso de que un hombre se esté ahogando. Puede que nuestro deber sea perder nuestra propia vida para salvarlo. Pero, si alguien se dedica a salvar vidas en el sentido de dedicar a ello toda su atención —sin pensar ni hablar de ninguna otra cosa y exigiendo el cese de cualquier otra actividad humana hasta que todo el mundo haya aprendido a nadar— sería un monomaniaco. Así pues, el rescate de gente en peligro de ahogarse es un deber por el que merece la pena morir, pero por el que no merece la pena vivir. A mi juicio, todos los deberes políticos (entre los que incluyo los deberes militares) son de este tipo. Tal vez un hombre deba morir por nuestro país, pero ningún hombre debe vivir exclusivamente por su país. Quien se rinde sin reservas a las demandas temporales de una nación, de un partido o de una clase está dándole al César aquello que, por encima de cualquier otra cosa, pertenece categóricamente a Dios: él mismo.

La razón por la que la religión no puede ocupar toda nuestra vida —en el sentido de excluir todas las demás actividades naturales— es muy diferente. Porque, en cierto modo, la religión sí debe ocupar toda nuestra vida. No se trata de llegar a un compromiso entre lo que Dios reclama y lo que reclaman la cultura, la política o cualquier otra cosa. Lo que reclama Dios es infinito e inexorable. Puedes negarlo o puedes empezar a intentar admitirlo: no hay término medio. Pese a ello, es evidente que el cristianismo no excluye ninguna de las actividades humanas corrientes. San Pablo le dice a la gente que trabaje. Incluso da por sentado que los cristianos asistan a banquetes; es más, a banquetes de paganos. El Señor asiste a una boda y aporta un vino milagroso. Bajo el

patrocinio de su Iglesia y durante la mayor parte de las épocas cristianas florecen el aprendizaje y las artes. La solución a esta paradoja la conocemos de sobra: "Tanto si coméis, como si bebéis, o hacéis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios".

Si se ofrecen a Dios, todas nuestras actividades meramente humanas serán aceptadas, incluso las más humildes; y todas, incluso la más noble, será ilícita si no se ofrece. El cristianismo no se limita a reemplazar nuestra vida natural por otra nueva: es más bien una nueva estructura que explota esos materiales naturales hasta sus propios fines sobrenaturales. No cabe duda de que, en determinadas situaciones, exige la renuncia a algunas de nuestras actividades meramente naturales, o a todas: es mejor salvarse con un solo ojo que ser arrojado con dos a la Gehenna. Pero, en cierto modo, lo hace *per accidens*: porque en esas circunstancias especiales ha dejado de ser posible llevar a cabo esta o aquella actividad para gloria de Dios. No existe una pelea sustancial entre la vida espiritual y las actividades humanas en cuanto tales. Por eso la omnipresencia de la obediencia a Dios en la vida cristiana es, en cierto modo, análoga a la omnipresencia de Dios en el espacio. Dios no llena un espacio como lo llena un cuerpo, en el sentido de que las partes de Dios ocupan diferentes partes del espacio de las que quedan excluidos otros objetos. Según los buenos teólogos, está en todas partes, totalmente presente en cada punto del espacio.

Ya estamos en disposición de dar respuesta a esa idea de que la cultura humana es una frivolidad inadmisibles por parte de criaturas como nosotros, cargadas de tan terribles responsabilidades. Rechazo de plano esa idea que aún hoy perdura en la mente de algunas personas de que las actividades culturales son, por derecho propio, espirituales y meritorias: como si los eruditos y los poetas fueran intrínsecamente más agradables a Dios que los chatarreros y los limpiabotas. Creo que fue Matthew Arnold el primero en emplear el término *espiritual* entendido como el alemán *geistlich*, inaugurando así este error tan peligroso y anticristiano. Borrémoslo de la mente para siempre. El trabajo de Beethoven y el trabajo de una limpiadora se convierten en espirituales si se da exactamente la misma condición: que se ofrezcan a Dios, que se lleven a cabo humildemente "como para el Señor". Naturalmente, esto no significa que todo el mundo tenga que echar a cara o cruz si tiene que limpiar habitaciones o componer sinfonías. El topo tiene que dar gloria a Dios cavando y el gallo cacareando. Somos miembros de un mismo cuerpo, pero miembros diferenciados, cada uno con su propia vocación. La educación de un hombre, sus talentos, sus circunstancias, suelen ser indicadores aceptables de su vocación. Si nuestros padres nos han enviado a Oxford, si nuestra nación nos permite quedarnos aquí, es una evidencia *prima facie* de que ahora mismo la vida que mejor nos puede llevar a dar gloria a Dios es, al fin y al cabo, una vida de aprendizaje. Es evidente que con llevar esa vida para gloria de Dios no me refiero a ningún intento de desempeñar nuestro trabajo intelectual de investigación para elaborar conclusiones. Eso sería, como afirma Bacon, ofrecer al autor de la verdad el sacrificio impuro de una mentira. Me refiero a la búsqueda, en cierto modo, del conocimiento y de la belleza en sí mismos, pero no de un modo que excluya llevarla a cabo por Dios. En la mente humana existe el anhelo de esas cosas, y Dios no crea anhelos en vano. Por eso,

podemos buscar el conocimiento en cuanto tal y la belleza en cuanto tal con la absoluta confianza de que, al hacerlo, estamos avanzando hacia la visión de Dios o ayudando indirectamente a otros a hacerlo. La humildad, ni más ni menos que el anhelo, nos anima a concentrarnos simplemente en el conocimiento y la belleza, sin preocuparnos demasiado de su importancia última para la visión de Dios. Quizá esa relevancia no nos esté destinada a nosotros, sino a otros mejores que nosotros: hombres que vengan detrás y encuentren la trascendencia espiritual de lo que desenterramos con ciega y humilde obediencia a nuestra vocación. Este es el argumento teleológico de que la existencia del impulso y la facultad demuestra que tienen que tener una función propia en el proyecto de Dios: argumento con el que santo Tomás de Aquino demuestra que la sexualidad habría existido incluso sin el pecado original. Por lo que se refiere a la cultura, la experiencia testifica la solidez del argumento. La vida intelectual no es el único camino hacia Dios ni el más seguro, pero sí lo consideramos un camino, y puede que sea el camino que se nos señala a nosotros. Por supuesto, solo lo será siempre y cuando el impulso siga siendo puro y desinteresado. Eso es lo más difícil. Como dice el autor de la *Theologia Germanica*[5], podemos llegar a amar el conocimiento —nuestro conocimiento— más que la cosa conocida: deleitarnos no con el ejercicio de nuestros talentos, sino con el hecho de que sean nuestros, e incluso con la reputación que nos aportan. En la vida del académico cualquier éxito aumenta este peligro. Si se hace irresistible, debe dejar su trabajo académico. Ha llegado el momento de arrancarse el ojo derecho.

Esta es, a mi juicio, la naturaleza esencial de la vida de estudio, la cual posee además otros valores indirectos que hoy en día revisten particular importancia. Si todo el mundo fuera cristiano, daría igual que todo el mundo fuese inculto. Pero la realidad es que fuera de la Iglesia habrá vida cultural, la haya o no dentro de ella. Hoy ser ignorantes y simples —ser incapaces de enfrentarse al enemigo en su propio terreno— equivaldría a rendir nuestras armas y traicionar a nuestros hermanos incultos que, ante Dios, no tienen más defensa que nosotros frente a los ataques intelectuales de los paganos. La buena filosofía tiene que existir —si no por otra razón— porque hay que contrarrestar la mala filosofía. Las mentes brillantes no tienen que combatir solamente contra las mentes brillantes del lado opuesto, sino contra los confusos misticismos paganos que se oponen a unas y otras mentes. Quizá lo que más necesitemos sea un profundo conocimiento del pasado. No porque el pasado tenga algo de mágico, sino porque el futuro no se puede estudiar, y necesitamos algo con lo que comparar el presente para recordar que las tesis fundamentales han sido muy distintas en distintos periodos, y que buena parte de lo que al inculto le parece seguro no es más que una moda pasajera. No es probable que quien ha vivido en muchos lugares diferentes se deje engañar por los errores de su lugar de nacimiento; el estudioso ha vivido muchos tiempos diferentes, por lo que es hasta cierto punto inmune a la ingente catarata de sandeces que vierten la prensa y los micrófonos de su época.

Por eso, para algunos la vida de estudio es un deber. En este momento parece ser vuestro deber. Reconozco que puede darse una discrepancia casi cómica entre los

grandes temas que hemos estado considerando y la tarea inmediata a la que quizá estéis entregados, como las sesudas leyes anglosajonas o las fórmulas químicas. Pero en toda vocación nos acecha una contradicción similar: resulta que el sacerdote joven se ocupa de las funciones del coro y el alférez joven del recuento de los tarros de mermelada. Y es bueno que así sea: así es como descartamos a los inútiles y veleidosos y nos quedamos con los humildes y tenaces. En asuntos como este no hay por qué derrochar piedad. Pero el problema concreto que les plantea a ustedes la guerra es otra cuestión, y vuelvo a repetir lo que vengo diciendo de una u otra forma desde que empecé: no dejen que los nervios y las emociones les lleven a considerar su dilema más anómalo de lo que es en realidad. Quizá resulte útil mencionar los tres ejercicios mentales que pueden servir de defensa contra los tres enemigos que la guerra alza en armas en contra del estudiante.

El primer enemigo es la emoción: la tendencia a pensar en la guerra y en nuestros sentimientos con respecto a ella cuando nuestra intención era pensar en nuestro trabajo. La mejor defensa consiste en reconocer que en este caso, como en cualquier otro, en realidad la guerra no nos ha presentado un enemigo nuevo: solo ha exacerbado uno ya existente. Nuestro trabajo siempre está lleno de rivales. Constantemente nos enamoramos y nos peleamos, buscamos trabajo o tememos perderlo, enfermamos y nos recuperamos, nos mantenemos al tanto de los asuntos públicos. Si nos lo permitieran, siempre estaríamos aguardando que acabara una u otra distracción antes de ponernos manos a la obra. Los únicos que llegan alto son quienes desean tanto el conocimiento que lo persiguen también cuando las circunstancias aún no son favorables. Las circunstancias favorables no llegan nunca. Naturalmente, hay momentos en que la presión de la emoción es tan fuerte que solo un autocontrol sobrehumano sería capaz de resistirla. Y estos momentos aparecen tanto en la guerra como en la paz. Hay que hacer lo que se pueda.

El segundo enemigo es la frustración: pensar que no nos dará tiempo a terminar. Si les digo que a nadie le da tiempo a terminar, que —en cualquier rama del saber— hasta la vida humana más larga abandona al hombre cuando no es más que un principiante, les parecerá que les estoy hablando de algo demasiado académico y teórico. Les sorprendería saber lo pronto que empieza a notar uno lo corta que es la soga, a cuántas cosas —ya en la mediana edad— nos vemos obligados a decir “no tengo tiempo”, “demasiado tarde” o “eso no es para mí”. No obstante, la propia naturaleza les impide compartir esa experiencia. Una actitud más cristiana y que puede adoptarse a cualquier edad consiste en dejar el porvenir en manos de Dios. Y haríamos bien, porque Dios lo mantiene en sus manos, lo dejemos o no. Nunca, ni en la paz ni en la guerra, confíen al futuro su virtud o su felicidad. Un buen trabajo lo lleva a cabo mejor el hombre que se toma un poco a la ligera sus planes a largo plazo y trabaja minuto a minuto “como para el Señor”. Lo único que se nos anima a pedir es nuestro pan *de cada día*. El presente es el único momento en que se puede cumplir cualquier deber o recibir cualquier gracia.

El tercer enemigo es el miedo. La guerra nos amenaza con la muerte y el dolor. Ningún hombre —y especialmente ningún cristiano que recuerde Getsemaní— está obligado a intentar lograr una indiferencia estoica ante estas cosas, pero sí podemos guardarnos de

las ilusiones de la imaginación. Pensamos en las calles de Varsovia y comparamos las muertes que han acontecido allí con algo abstracto llamado Vida. A ninguno de nosotros, sin embargo, se nos plantea una cuestión de vida o muerte, sino una cuestión de tal muerte o tal otra: por la bala de una metralleta hoy o por el cáncer dentro de cuarenta años. ¿Qué hace la guerra con la muerte? Desde luego, no aumenta su frecuencia: el cien por cien de nosotros muere, y ese porcentaje no puede incrementarse. Sí adelanta algunas muertes, pero me cuesta creer que sea eso lo que nos da miedo. Cuando llegue el momento, importará muy poco cuántos años dejamos detrás. ¿Incrementa nuestras probabilidades de una muerte dolorosa? Lo dudo. Por lo que he podido comprobar, lo que llamamos muerte natural suele ir precedida de sufrimiento, y el campo de batalla es uno de los pocos lugares donde uno tiene una expectativa razonable de morir sin dolor alguno. ¿Disminuye nuestras probabilidades de morir en paz con Dios? No lo creo. Si el servicio activo no convence a un hombre de que se prepare para la muerte ¿qué concatenación imaginable de circunstancias lo haría? Aun así, la guerra sí hace algo con la muerte: te obliga a recordarla. La única razón de que no nos inquieten un cáncer a los sesenta años o una parálisis a los setenta y cinco es que nos olvidamos de ellos. La guerra hace de la muerte algo real, cosa que la mayoría de los cristianos del pasado habría considerado una bendición: creían que nos convenía ser siempre conscientes de nuestra condición mortal. Me inclino a pensar que tenían razón. Toda la vida animal que hay en nosotros, todos los proyectos de felicidad que han guiado este mundo han estado condenados siempre al fracaso final. En épocas normales solo un hombre sabio es capaz de darse cuenta de ello. Ahora lo sabe hasta el más necio. Vemos de un modo inequívoco la clase de universo en la que llevamos tanto tiempo viviendo y nos vemos obligados a asumirlo. Si albergábamos alguna ingenua esperanza no cristiana acerca de la cultura humana, ya ha saltado en pedazos. Si pensábamos que estábamos edificando un cielo en la tierra, si buscábamos algo que convirtiera el lugar de peregrinaje que es este mundo en una ciudad permanente capaz de satisfacer al alma humana, hemos perdido la ilusión —y en buena hora—. Pero si pensábamos que para algunas almas, en determinados momentos, la vida de estudio humildemente ofrecido a Dios es, a su manera limitada, una de las formas indicadas para acercarse a la realidad divina y a la belleza divina de las que esperamos gozar en el futuro, podemos seguir pensándolo.

[1] Arquímedes (287-212 a.C.) fue asesinado durante el sitio de Siracusa mientras trazaba figuras geométricas en el suelo de su casa (N. de la T.).

[2] El filósofo romano Boecio (480-524) redactó *De consolazione philosophiae* mientras estaba encarcelado en Pavía (N. de la T.).

[3] Al parecer, el general británico James Wolfe recitó el poema de Thomas Grey *Elegía escrita en un cementerio de aldea* justo antes de perder la vida en la batalla de Quebec el 13 de septiembre de 1759.

[4] Según recoge el historiador griego Herodoto (c. 484-c. 426 a. C.), en la batalla de las Termópilas los espartanos, célebres por su valor, se entretenían peinándose antes de iniciar la lucha (N. de la T.).

[5] Obra mística de mediados del siglo XVI, publicada por Lutero que pretende ser una guía para la vida perfecta (N. de la T.).